CONCLUSION Vives como filósofo, como humanista y como pedagogo. Hemos analizado hasta el presente, con el posible detenimiento, las distintas producciones de Luis Vives. Procede ahora recoger las notas diseminadas en los anteriores capítulos, para determinar sintéticamente las líneas generales de la doctrina de nuestro pensador. Tres principales influencias se observan en la doctrina filosófica y pedagógica de Vives: el cristianismo, la filosofía aristotélica, y el criticismo representado por todo el Renacimiento. Examinemos cada uno de estos factores. A) Cristianismo. Constituye el fondo, la base primera de toda la doctrina vivista. Vives es un filósofo cristiano, eminentemente cristiano. Pero su piedad no es formalista, intolerante ni fanática, sino suave, sincera, profunda y caritativa, enemiga de toda contención y discordia, opuesta por completo á cuanto signifique violencia; piedad, en una palabra, como aquella de la cual dice San Pablo (I Corint. XIII, 4-8) «que es paciente y benigna; que no tiene envidia, ni obra precipitadamente; que no se envanece, ni se comporta indecorosamente; que no busca su propio interés, ni se irrita, ni pone á otros en cuenta su mal; que no se goza en la iniquidad, sino en la verdad; que todo lo sobrelleva, todo lo cree, todo lo espera y todo lo soporta». Sin tener cuenta con esta levadura cristiana, sería de

todo punto imposible la explicación exacta de la doctrina vivista. Según más de una vez hemos observado, descansa la última, como la reforma Socrática, sobre la base de la Moral, y la Moral, digan lo que quieran determinadas escuelas, tiene por primordial é imprescindible fundamento la idea de Dios.

Este carácter ético que distingue á la doctrina vivista trae consigo dos importantes consecuencias:

a) El predominio de la tendencia pedagógica y el excepcional valor que bajo este respecto tiene el sistema de Vives. Antes que metafísico, antes que humanista, antes que teólogo, Vives es moralista y pedagogo. Profesa la creencia de que los conocimientos deben servir para la vida, v de que el perfeccionamiento de la última debe constituir el objetivo principal y constante de nuestros esfuerzos. De aquí la energía con que rechaza y combate Vives, desde la invectiva In pseudo-dialecticos hasta el tratado De veritate fidei christianae, toda investigación demasiado sutil ó abstracta por impertinente y ociosa; de aquí el considerar la psicología como la primera y para el hombre la más interesante de las ciencias filosóficas, por aquello de ser el Nosce te ipsum premisa indeclinable de la conducta; de aquí la reforma de las ciencias físicas y exactas que solicita Vives en el libro V De corruptis artibus y en el IV De tradendis disciplinis, recomendando la propia indagación, exenta de prejuicios y de autoritario yugo, la callada contemplación de la naturaleza, la minuciosa observación de los fenómenos, y censurando irónicamente la presunción de los ingenia metaphysica, los cuales, en lugar de inclinarse hacia la tierra y ocuparse en lo que al alcance de nuestra razón se halla — humi repere, et circa ea occupari quae tenere facile ac tueri possent, - dieron en investigar las cosas más abstrusas y en penetrar los más recónditos misterios — res abstrusissimas aggressi sunt inquirere, et intima penetrare -. El Mens sana in corpore sano, no solamente es para Vives condición indispensable de la vida, sino también primer peldaño de la sabiduria.

b) El desvío que manifiesta nuestro filósofo respecto de aquellas cuestiones más ó menos abstractas estudiadas de

ordinario por los metafísicos y consideradas por ellos como las más capitales de sus respectivos sistemas. Examina en los libros De veritate fidei los fundamentales principios de la Religión, y no se cuida de dar prueba alguna positiva de la existencia de un Ser Supremo; la da por supuesta y estudia sus atributos. Expone la metafísica en los libros De prima philosophia, y le preocupa más la natural composición de los seres que las intrincadas y exquisitas discusiones escolásticas acerca de la esencia y la existencia, la potencia v el acto, el principio de individuación y la incomunicabilidad de la subsistencia. Trata de antropología en los tres libros De anima et vita, y al ocuparse en el libre albedrio y en la inmortalidad del alma humana, apenas si da otras pruebas que razonamientos de orden moral. No parece sino que Vives, estimando como Kant que no nos es dado conocer la cosa en sí, sino únicamente el fenómeno, es decir, la cosa en la forma que se nos da en la representación, entiende también como el filósofo de Könisberga que la idea de Dios y la inmortalidad del alma son postulados que la ratio practica legitima.

B) La filosofia aristotélica.

Constituye la substancia de la Lógica, de la Metafísica, y aun de parte de la Psicología vivista.

Vives, que tenía en mucho la doctrina de Aristóteles, aunque la desaprobase en determinadas cuestiones, tomóla por punto de partida de sus investigaciones filosóficas. Influía en ello además otra circunstancia: Vives se amamantó, por decirlo así, á los pechos de la doctrina peripatéticoescolástica, pudiendo aplicársele, con relación á la última, aquellas palabras de Alonso de Palencia en su prólogo á la Batalla campal de los perros y lobos: - «a mi creer la mesma filosofia te dio leche; ella te enseño creçiendo tu edad, i fizo que fueses varon muy famoso, i ha usado de tus sentidos como de buen pergamino en que escrivio letras firmes de verdadero conoscimiento.» A su estudio se dedicó empeñadamente mientras cursaba en las aulas de la Universidad Parisiense bajo la dirección de Gaspar Lax y de Juan Dullard, y si bien es cierto que depués renegó de tales enseñanzas, no lo es menos que semejante abjuración lo

fué de la sofistería escolástica, no del aristotelismo. Sin admitir todas las opiniones del Estagirita ni acatar ciegamente su autoridad, procuró Vives restaurarle en su primitiva pureza, comprendiendo acertadamente la vitalidad que aquella doctrina encerraba.

CONCLUSIÓN

En su lugar oportuno hemos procurado aquilatar esta influencia. Así hemos visto que los tratados lógicos De instrumento probabilitatis, De censura veri, De explanatione cuiusque essentiae y De disputatione, no son en rigor otra cosa que una simplificación del Organon peripatético. Hemos demostrado también cómo el fondo del tratado De prima philosophia es asimismo aristotélico, aunque la ordenación tenga mucho de original. Por último, en la parte psicológica, que es donde mayores novedades ofrece la doctrina de Vives, no faltan pruebas del expresado influjo. Sin ir más lejos, el concepto del alma dado por Vives en el tratado De anima et vita, se diferencia muy poco del enunciado por Aristóteles, y en las disertaciones acerca del sueño y la vigilia, de los ensueños, de la longevidad y brevedad de la vida, de la memoria y la reminiscencia, etc., aprovechóse bastante nuestro humanista de los Parva naturalia del Estagirita.

Esto no obstante, siempre constituirán los tres libros De anima et vita un monumento de gloria para Vives, por el delicado análisis de las facultades animicas, el profundo estudio de las operaciones intelectuales, la exacta y detenida consideración de los afectos, contenidos en aquella obra. Francisco Vallés suele dar ciertamente mayor rigor que Vives á sus demostraciones; Gómez Pereira es aún más escrupuloso analizador que el filósofo valentino; pero ni el autor del tratado De sacra philosophia, ni el de la Antoniana Margarita, exponen un cuerpo de doctrina tan acabado y fundamental en todas sus partes como el de nuestro humanista.

C) El criticismo renaciente.

Nadie puede substraerse por completo à las influencias que le rodean. El medio ambiente, que tan poderosa acción ejeroe sobre nuestro organismo, no influye con menor eficacia en nuestro modo de pensar. En este supuesto, no podía

menos de reflejarse en Vives algo del carácter que al movimiento renaciente distinguía.

Empleando la tecnología hegeliana, pudiéramos decir que el llamado renacimiento, verificado en la segunda mitad del siglo XV y primera del XVI, representa uno de los períodos críticos de la historia humana. Resurrección de las formas y de las ideas antiguas — paganas y cristianas, — trajo á la vida el Renacimiento un espíritu crítico que le distingue. Tuvo tal tendencia múltiples y variadas manifestaciones, que, comenzando por la literatura, extendiéronse prontamente á muy distintas esferas de la vida.

Restablecióse el comercio con la antigüedad — nunca por completo interrumpido durante la Edad Media — y los clásicos de Grecia y Roma, la Patristica griega y latina, fueron conocidos y apreciados en sus obras originales.

Estimulado el entendimiento con tan anchuroso campo de investigación, dióse á comparar ideas con ideas, doctrinas con doctrinas, y ante el espectáculo de la Escolástica decadente y los muchos vicios de la enseñanza tradicional, surgió una corriente de abierta oposición contra el sistema dominante. De ahí la lucha, la contradicción entre las viejas y las nuevas ideas, los antiguos y los nuevos métodos, y el consiguiente desasosiego y natural efervescencia de los espíritus. Pero la crítica, aunque deba responder á un ideal, es esencialmente negativa; de aquí que se haya dicho, no sin fundamento, que hay filósofos renacientes, mas no una verdadera filosofia del Renacimiento.

Tal fué, en suma, el medio en que se desarrolló Vives, y en él hemos de buscar también la explicación de ese su criticismo filosófico que personifica cual ninguno la dirección de la nueva Era. Rodolfo Agrícola, Lorenzo Valla, Erasmo de Rotterdam, he ahí los inmediatos predecesores de Luis Vives, como éste lo es de Bacon, de Reid y de Spencer.

En aquel sincretismo estriba el principal mérito de Vives. Por eso se le ha clasificado con justicia entre los filósofos eclécticos, en el sentido racional del vocablo. Vives, á quien debe considerarse como uno de aquellos ciudadanos libres de la república de las letras de que habla el P. Feijóo, supo, en efecto, dentro de su independencia filosófica, poner en

práctica el principio de reconocer y aceptar la verdad doquiera que se hallare. Como humanista, tiene el insigne valenciano mayor parentesco con la falange septentrional — acaudillada por Erasmo y Ulrico de Hutten — que con la italiana, — representada por los Policianos, Bembos, Fracastorios y Vidas. — Como filósofo, harmoniza las nuevas ideas con la tradición aristotélico-cristiana. Como pedagogo, señala con clarísimo juicio los defectos de la enseñanza, escudriña las causas de la corrupción de las artes, y marca nuevos, luminosos derroteros á las disciplinas.

**

Al llegar aquí, posible es que alguno pregunte: ¿qué queda para el sistema? ¿Dónde está la originalidad del vivismo como escuela filosófica?

Conviene ante todo precisar los términos de la cuestión, y en especial el concepto de escuela. «La palabra escuela—dice con granacierto un ilustre crítico de nuestra patria,—en filosofía, en política y en algunas ciencias, es un centro donde reinan principios fijos, donde se respeta un sistemo, donde todo deriva de una disciplina doctrinal previa y rigurosamente establecida.» En este sentido, no vacilamos en declarar que Vives no es jefe ni fundador de escuela alguna, y que el término vivismo es un vocablo vacio de significación concreta.

Porque no basta iniciar una doctrina, sentar un principio aislado, para considerarse jefe ni representante de una escuela. Es preciso que la idea se sistematice, que el principio encarne en un organismo doctrinal determinado, que haya, en suma, una disciplina científica, para que semejante denominación pueda justamente aplicarse.

¿Qué representa el sistema filosófico? Un conjunto orgánico de principios encaminado al descubrimiento de la verdad—objeto de la Filosofía;—un camino, un procedimiento, producto de la personal investigación de determinado pensador, para llegar al indicado fin. Y así como no es buen guía para un viaje el que sólo haya visto el camino en lontananza, sospechando su término, pero sin haberlo reco-

rrido, ni conocer los escollos que han de evitarse ni las dificultades que para su tránsito es preciso vencer, sino aquel otro que por completo lo examinó y de sus accidentes se hizo cargo, así no todo el que invoca un principio filosófico, por luminoso y, profundo que sea, merece ser considerado como creador del sistema constituído por el desenvolvimiento de tal principio, sino quien llevó á cabo este desenvolvimiento. De admitirse lo contrario, desaparecerían las escuelas y los sistemas filosóficos como tales escuelas y sistemas, porque la originalidad es siempre relativa.

De aquí que no exista absolutamente ningún sistema que no tenga precedentes en doctrinas anteriores; pero estos precedentes no bastan para constituirle, porque el concepto de sistema implica notas que ellos no reúnen. Así la duda metódica de Descartes, aunque tiene sus antecedentes en las doctrinas del insigne médico tudense Francisco Sánchez y en las de nuestro Bachiller Alonso de la Torre, como las de éstos arrancan de Carneades y Sexto Empírico, los cuales recuerdan á su vez los principios de ciertas escuelas filosófico-teológicas del Oriente, no deja de constituir, por sus aplicaciones psicológicas y metafísicas, un sistema enteramente distinto de los expresados. Así el experimentalismo de Bacon, aunque formulado por Luis Vives, pór Aristóteles y por la escuela de Kapila, no representa por eso una dirección menos trascendental en la historia de la filosofía. Así el nihilismo de Schopenhauer, no por tener precedentes en la doctrina del Budha y en el escepticismo kantiano, constituve un sistema menos profundo y original que los últimos. Así el egoismo de Max Stirner, no por explicarse en virtud de las doctrinas de Proudhon y de Hegel, deja de ser una peregrina teoría.

Ahora bien, ¿dónde está el sistema de Vives?

Por lo que llevamos dicho en el discurso del presente trabajo, se habrá podido juzgar de la parte de originalidad que representan las doctrinas del humanista valentino. Si hay una filosofía renaciente, mejor dicho, si hay un carácter general que distinga á los filósofos del Renacimiento, ese carácter y esa filosofía son el criticismo. El Renacimiento es un periodo crítico. Sus filósofos representan, con variedad de matices, esa tendencia. Vives sintetiza mejor que ninguno semejante dirección. Es pensador profundo, de sano y clarisimo juicio, de vigoroso entendimiento. Sabe apreciar atinadamente los errores y desviaciones de las escuelas: marca el camino que han de seguir las ciencias para recuperar su antiguo esplendor, pero no es creador de sistemas ni fundador de escuelas. Se ha dicho-y nunca lo será bastante-que Vives es en filosofía un pensador ecléctico. No ataca á Platón en nombre de Aristóteles, como Jorge de Trebisonda y Teodoro Gaza; ni se declara adversario de Aristóteles invocando las doctrinas de Platón, como Gemisto Plethon; no es exclusivista, ni crevente de comunión filosófica determinada, sino discípulo de la verdad-veritatis sectatores, decía, ubicumque eam esse putabitis, ab illa state. De aquí el carácter sincrético de su enseñanza. Su metafísica es en el fondo enteramente aristotélica; más aún su lógica; algún tanto su psicología; su estética, en lo fundamental, platónica; su teología, con cierta simplificación, escolástica; hasta de su pedagogía, que es donde mayor originalidad revela, ha dicho Lange «que no ha formado escuela alguna ni hallado partidarios fervientes», añadiendo «que la importancia de Vives para la historia de la pedagogía consiste en que en él se suma y representa la reacción de la nueva era en sus albores contra los inconvenientes de la Edad Media en sus últimos tiempos, y en él se reúnen y hallan como fundidos en un todo los núcleos de las más capitales reformas, desde Sturm hasta Rousseau». Por otro ado, el criticismo como tal, es decir, como doctrina principal, aunque no exclusivamente negativa, no constituye ni puede constituir sistema filosófico, pues éste se alimenta de afirmaciones y de principios. «Cuando se quiere dudar-dice Mefistófeles en el Fausto-no se enseña; cuando se quiere enseñar, debe concederse algo.»

¿Qué queda, pues, para el sistema de Vives? Lo que queda para el de Bacon y para los de otros ilustres filósofos: el carácter realista, la tendencia positiva de sus especulaciones, el enaltecimiento del método de observación. Por eso las ciencias experimentales, y entre ellas la psicología, deben á Vives muchos de sus más importantes progresos.

Lejos de constituir un demérito de la filosofía de Vives el carecer de aquel aspecto sistemático, de aquella disciplina doctrinal rigurosamente establecida, necesarios para la existencia de una escuela, es, á nuestro entender, uno de los principales motivos por los cuales la filosofía moderna debe estar reconocida y prestar acatamiento á la memoria del poligrafo valentino. Las escuelas pasan, los sistemas desaparecen, como producto circunstancial que son del espíritu humano. Lo que no pasa ni desaparece es la Verdad, que no puede llegar á ser patrimonio de secta alguna. «Los sistemas-dice Claudio Bernard-tienden á esclavizar la inteligencia, y la única utilidad que á nuestro juicio reportan es la de suscitar luchas que acaban por destruirlos, excitando y activando así la vitalidad de la ciencia. En efecto, es preciso procurar romper las trabas de los sistemas filosóficos y científicos, como pudieran romperse las cadenas de una esclavitud intelectual. La verdad, si puede hallarse, es de todos los sistemas, y para descubrirla necesita el experimentador moverse libremente, sin embarazarse con las barreras de un sistema cualquiera. Ni la filosofía ni la ciencia deben ser nunca sistemáticas.»

Léanse las obras de Vives—especialmente su tratado De anima et vita y los libros De disciplinis,—y en ellas se observará con fruto la marcha de un espíritu sagaz, observador y metódico. No se hallarán sistemas, pero sí numerosas y útiles investigaciones acerca de los fenómenos intelectuales y morales. No se echará de ver una imaginación fogosa y exaltada, sino un juicio seguro, clarisimo y racional; poco dado á idealizaciones ni apriorismos. En esto consiste el principal mérito de Vives, y por ello debe ser considerado como uno de los más poderosos instauradores de la filosofía experimental.

No habiendo sistema, ni escuela, ni maestro, claro es que no puede haber discipulos en el exacto sentido de la palabra. Por eso carece de fundamento sólido cuanto se ha dicho acerca de los representantes del vivismo, tomando el vocablo en el concepto en que aquí lo rechazamos —no en el que lo hemos apreciado en precedentes capítulos—. No hay ni ha habido vivistas, por la razón sencilla de que no existe